6. Aquellos días que estremecieron el mundo

EMILIO SOLER PASCUAL
Universidad de Alicante
emiliosolerpascual@gmail.com

6.1. Introducción

Los Premios de la Academia norteamericana de cine, más conocidos como los «Oscar», fueron entregados en una rutilante ceremonia en 1982 tal como los yanquis nos tienen acostumbrados, en el Dorothy Chandler Pavillion ubicado en Los Ángeles. Jack Lemmon y Walther Matthau, aquella desternillante «extraña pareja» que se inventó el autor teatral Neil Simon, fueron los encargados de abrir el sobre que consagraría al que la Academia consideraba el mejor director del año. Competían, entre otros, Louis Malle, Steven Spielberg o Warren Beatty, un actor acostumbrado a papeles de seductor y que había tomado el difícil encargo de producir, dirigir, escribir e interpretar una película, *Reds,* basada en la obra del escritor norteamericano John Reed, autor de un relato sobre el inicio de la Revolución Rusa de 1917 que lo consagraría como uno de los autores foráneos que mejor conocieron los sucesos que ocurrieron en la Rusia de aquellos tiempos, *Diez días que estremecieron el mundo*. Su obra narraba aquellos primeros momentos de la revolución rusa de 1917, instantes históricos que el autor vivió en primera persona como corresponsal de guerra y simpatizante de la causa.

Cuando Lemmon y Matthau rasgaron el sobre que contenía el nombre del afortunado director y anunciaron que el ganador era Warren Beatty (en el papel de John Reed, además), éste, que había comprobado como su película veía pasar los premios importantes sin que recayera ninguno en ella, sonrió entre Diane Keaton (en el papel de Louise Bryant) y Jack Nicholson (en el papel de Eugene O'Neill), también nominados y sin galardón, dirigiéndose sonriente a recoger el preciado trofeo. Y entonces se produjo una de esas cosas que dejaron al mundo tan sorprendido como perplejo, incluido a un servidor que lo estaba viendo por televisión. Mientras Beatty subía las escaleras del hermoso escenario donde tantas veces dirigió Zubin Metha como director de la Orquesta Filarmónica de Los Ángeles, comenzaron a sonar unas estrofas de «La Internacional», la música celestial de las organizaciones proletarias[1]. John Reed la había cantado al día siguiente de la toma del Palacio de Invierno en una reunión del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado tras entusiasmarse escuchando a Lenin anunciar la llegada del orden socialista y la abolición sin ninguna indemnización de la propiedad terrateniente. A lo que siguió el anuncio de que pronto finalizaría la guerra para Rusia porque el gobierno del partido bolchevique quería una paz justa con Alemania:

1 Basada en unas estrofas en francés de Eugène Pottier, Pierre Degeyter fue reconocido por un tribunal como el autor de la música tras un largo enfrentamiento por los derechos con su hermano Adolphe.

«Un impulso inesperado y espontáneo nos levantó a todos de pie y nuestra unanimidad se tradujo en los acordes armoniosos y emocionantes de *La Internacional*. Un soldado viejo y canoso lloraba como un niño. Alexandra Kollontai se limpió a hurtadillas una lágrima. El potente himno inundó la sala, atravesó ventanas y puertas y voló al cielo sereno…».

Volviendo a lo del Oscar a Beatty, de este modo, y sorprendentemente, la cuna del capitalismo se rindió, a modo de homenaje póstumo, a un norteamericano, John Reed, al que esa misma sociedad expulsó de sus filas porque tuvo la feliz/infeliz idea (depende de para quién) de constituir el Partido Comunista de Estados Unidos y a regresar en 1920 a la recién nacida URSS para asistir como delegado del partido comunista norteamericano al segundo Congreso de la III Internacional. Y allí, tras recorrer parte del país y ver los efectos de la Revolución a la que él había ayudado con su pluma, murió de tifus cuando tres años antes se libró por los pelos de ser fusilado por un pelotón revolucionario que no validó su salvoconducto ¡porque no sabían leer! Su fallecimiento trajo el reconocimiento de las nuevas autoridades rusas cuando fue enterrado en la necrópolis de los muros del Kremlin, muy cerca de la tumba de Lenin, como uno de los héroes de una Revolución proletaria que Reed tanto contribuyó a divulgar por todo el mundo[2]. Premonitoriamente, en los días siguientes a la Revolución, cuando John Reed cruzó la plaza Roja moscovita, al pie de la muralla del Kremlin se encontró con una fosa común donde, según le indicó un joven estudiante: «Mañana enterraremos aquí a quinientos proletarios caídos por la revolución. Aquí, en este lugar sagrado, el más sagrado de Rusia, daremos sepultura a nuestros mártires…».

6.2. En Rusia

La aventura rusa había comenzado cuando Reed, convaleciente de una grave operación en la que le extirparon un riñón, pudo conseguir que un periódico norteamericano lo contratara como corresponsal para averiguar y contar a sus lectores qué estaba pasando en aquel país, implicado de lleno en la Primera Guerra Mundial contra Alemania; un conflicto bélico al que acudían escritores de todo el mundo[3]. Eran tiempos en que la despótica tiranía del zar se tambaleaba, tras el fracasado intento revolucionario de 1905[4], a causa de los problemas derivados de una guerra que ya se alargaba tres años[5] y que la oposición al régimen zarista aprovechaba al máximo. Algo iba a pasar en Rusia y John Reed fue enviado hasta Petrogrado, para que lo contase. Tras múltiples gestiones y papeleo, Reed consiguió que su esposa, la feminista y escritora Louise Bryant le acompañara en su misión. Sabia decisión de la pareja ya que entre los dos nos dejaron dos obras imprescindibles para conocer lo que pasó en los primeros meses de una revolución que iba

2 El entusiasmo de Reed por la Revolución le llevó al frente, al XII Ejército que se hallaba cerca de Riga, «donde los hombres descalzos y extenuados se morían de hambre y enfermedades entre la inmundicia de las trincheras. Al vernos se levantaron a nuestro encuentro. Tenían los ojos demacrados; a través de los agujeros de la ropa azuleaban las carnes. Y la primera pregunta fue: ¿Han traído algo para leer?».

3 A. Vargas González, *Los novelistas de la Gran Guerra (1914-1918). Testigos de un mundo que agoniza*. Erasmus Ediciones, 2012

4 L. Trotsky, *1905. Balances y perspectivas*. Red Vasca Roja. Madariaga, 2000.

5 M. Ferro, *La Gran Guerra. 1914-1918*. Alianza Ed. Madrid, 2014.

a asombrar al mundo y cambiar radicalmente la vida de aquella extensa nación llamada Rusia: *Diez días que estremecieron el mundo*[6], de John Reed (1919), y *Seis meses rojos en Rusia* [7], de Louise Bryant (1918). Louise también dejó constancia en un segundo libro de los principales actores que protagonizaron la Revolución como Lenin, Trotski, Kollontai o Lunacharski, en su *Reflejos de Moscú* (1923)[8].

Así pues, en el verano de 1917 la pareja de periodistas llegaron a la capital del imperio zarista y pudieron asistir al difícil desempeño del Gobierno provisional que, dirigido por Alexander Kerenski[9], político social-revolucionario y reformista que se hizo cargo del poder tras el derrocamiento del zar Nicolás II[10] en la llamada Revolución de febrero[11]. Un Kerensky que pudo detener el golpe contrarrevolucionario de Kornílov en septiembre de 1917[12] pero que no pudo impedir la toma del poder por parte de los bolcheviques unas semanas más tarde. Los intentos de Kerenski por instalar en Rusia un régimen político a la europea fracasaron ante un pueblo, perfectamente controlado por los soviets dirigidos por Lenin, su sucesor en la Presidencia de Rusia, una vasta nación que ansiaban el fin de una guerra que ya había costado centenares de miles de rusos muertos y que amenazaba con arruinar del todo la precaria economía agraria del país. Un país, y especialmente su capital, que se había adherido multitudinariamente al discurso leninista de Pan, Tierra, Trabajo y Libertad[13].

Pero ¿quiénes eran John Reed y Louise Bryant, llamados a dejar testimonio directo del importante acontecimiento que iba a ocurrir en Petrogrado en octubre de 1917, según el calendario gregoriano actual, sin conocer las costumbres ni el idioma de aquel país?

6.3. John Reed

John Silas Reed nació en Portland, Oregón en 1887. Periodista y escritor, fue corresponsal en la Gran Guerra y escribió *La guerra en Europa oriental*[14], donde Reed, acompañado de su compañero Boardman Robinson[15], recorrieron Salónica, Constantinopla, Serbia, Rumania y Rusia buscando y encontrando la respuesta de los pueblos que se enfrentaban a un conflicto bélico de enormes consecuencias. El libro, basado en conversaciones y visiones de lo que allí estaba pasando, es un aperitivo para lo que sería más tarde la crónica de aquellos diez días que

6 J. Reed, *Diez días que estremecieron el mundo*. Siglo XXI. Madrid, 2015
7 L. Bryant, *Seis meses rojos en Rusia*. Edición del Grupo Viulme. Arpegio. Sant Cugat y Madrid, 2018.
8 L. Bryant, *Mirrors of Moscow*. Thomas Seltzer. New York, 1923.
9 R. P. Browder, «Alexander Fedorovich Kerenski: 1881-1970», en *Russian Review*, 29. University of Kansas, 1970
10 R. K. Massie, *The Romanovs: the final chapter*. Random House, 1995.
11 Vid. Abraham, R. *Alexander Kerenski: the first love of the Revolution*. Columbia University Press. 1990.
12 G. Katkow, *Russia 1917: Kornilov Affair*. Longman Higher Education. 1980. Reed habla en sus *Diez días*…que: «En septiembre emprendió la marcha sobre Petrogrado el general Kornilov para proclamarse dictador militar de Rusia. A su espalda descubrióse de pronto el puño blindado de la burguesía, que intentaba osadamente abatir la revolución. En la conjura de Kornilov se hallaban complicados varios ministros socialistas. Se sospechaba del propio Kerenski (…) A Kornilov lo detuvieron los comités de soldados» y la sublevación de Kornilov unió «a todos los grupos socialistas -tanto moderados como social revolucionarios- en un apasionado impulso de autodefensa. No debía haber más korniloviadas…».
13 V. I. Lenin, *Las tesis de Abril*. Fundación Federico Engels. Madrid, 2004.
14 J. Reed, *La guerra en Europa oriental.* Txalaparta. Tafalla, 2005.
15 Boardman Robinson (1876-1952) fue un ilustrador norteamericano de ideología socialista, amigo de Reed, enviado a seguir el desarrollo de la Gran Guerra en Europa oriental por el *Metropolitan Magazine.* Colaboró activamente en las ilustraciones de la revista radical *The Masses*, donde confluyó con escritores y artistas de su misma ideología. Tras la entrada de EE UU en la guerra, la revista se vio obligada a cerrar y sus miembros sometidos a juicio.

cambiaron el mundo en Petrogrado, especialmente cuando conoció a Lenin[16] y a Leon Trotski[17], lo que le permitió realizar un estrecho y cuidado seguimiento de lo que ocurrió en aquellos primeros y decisivos días de la Revolución bolchevique.

Con anterioridad, el periodista Reed había estado en México siguiendo al revolucionario Pancho Villa y escribió una crónica excelente, *México insurgente*[18], sobre la revolución de los campesinos mexicanos que, con el liderazgo de Pancho Villa y Emiliano Zapata, dirigentes revolucionarios del ejército constitucionalista formado por Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, se levantaron contra la opresión del general y presidente golpista Victoriano Huerta, al que terminaron derrotando en el verano de 1914 obligándole a marchar al exilio[19].

Reed, que simpatizaba abiertamente con la causa villista y que así lo había manifestado en sus crónicas, intentó entrevistar a uno de los líderes del gobierno de Huerta, el general Mercado, tal como lo refleja en su crónica de la revolución. Envió «una respetuosa petición» que obtuvo la siguiente respuesta de los militares fieles al presidente golpista: «Estimado y honorable señor: Si tiene el atrevimiento de poner un pie en Ojinaga, lo voy a mandar fusilar y con mi propia mano tendré el gusto de llenarle la espalda de agujeros». La estancia de John Reed en México fue llevada al cine por Paul Leduc en 1973 bajo el mismo título que su libro, *México insurgente*.

En la primera edición norteamericana del libro del periodista norteamericano sobre la Revolución rusa, *Diez días que estremecieron el mundo*, el prologuista fue nada más y nada menos que el propio líder del país mencionado, Lenin:

> «Después de haber leído con inmenso interés e inalterable atención hasta el fin, el libro de John Reed, *Diez días que estremecieron el mundo*, desde el fondo del corazón lo recomiendo a los obreros de todo el mundo [...] Un cuadro exacto y extraordinariamente útil de acontecimientos que tan grande importancia tienen para comprender lo que es la revolución proletaria, lo que es la dictadura del proletariado [...] El libro de John Reed, sin duda alguna, ayudará a esclarecer este fundamental problema del movimiento obrero universal» (V. I. Lenin, finales de 1919).

En el comienzo del prefacio de esa primera edición de los *Diez días que estremecieron el mundo*, Reed señalaba que:

16 Señala Reed sobre Lenin: «Era un hombre bajito y fornido, de gran calva y cabeza abombada sobre robusto cuello. Ojos pequeños, nariz grande, boca ancha y noble, mentón saliente, afeitado, pero ya asomaba la barbita tan conocida en el pasado y en el futuro. Traje bastante usado, pantalones un poco largos para su talla. Nada que recordase a un ídolo de las multitudes, sencillo, amado y respetado como tal vez lo hayan sido muy pocos dirigentes de la historia. Líder que gozaba de suma popularidad -y líder merced exclusivamente a su intelecto- ajeno a toda afectación…».

17 Una semana antes de la toma del Palacio zarista, Reed se entrevistó con Trotski en una habitación del Smolny. La conversación, de más de una hora, la resumió el periodista norteamericano en su libro *Diez días…* pero al final de su alocución Trotski deja una clarividente proclama de sus deseos sobre el futuro europeo y la revolución permanente que predicaba: «Al final de esta guerra yo veo una Europa renovada no por los diplomáticos, sino por el proletariado. Una República Federativa Europea, los Estados Unidos de Europa, eso es lo que debe haber. La autonomía nacional es ya insuficiente. El progreso económico exige la supresión de las fronteras nacionales. Si Europa queda fraccionada en grupos nacionales, el imperialismo continuará su obra. Sólo una República Federativa Europea puede dar la paz al mundo entero -sonrió con su fina ironía- Pero sin la intervención de las masas europeas estos objetivos no pueden alcanzarse por ahora…».

18 J. Reed, *México insurgente*. Ariel. Barcelona, 1969.

19 B. Hamnett, y C. Martínez Gimeno, *Historia de México*. Madrid, Akal, 2001.

«Este libro es un trozo de historia, de historia tal como yo la he visto. Solo pretende ser un relato detallado de la Revolución de Octubre, es decir, de aquellas jornadas en que los bolcheviques, a la cabeza de los obreros y soldados de Rusia, se apoderaron del poder del Estado y lo pusieron en manos de los Soviets. Se refiere, sobre todo, a Petrogrado, que fue el centro, el corazón mismo de la insurrección. Pero el lector debe tener en cuenta que todo lo que acaeció en Petrogrado se repitió, casi exactamente, con una intensidad más o menos grande y a intervalos más o menos largos, en toda Rusia. En este volumen, que es el primero de una serie en la que trabajo actualmente [nunca tuvieron continuación por el fallecimiento del escritor], estoy obligado a limitarme a una crónica de los acontecimientos de que fui testigo y a los cuales me mezclé personalmente o conocí de fuente segura [...]. Al abordar el estudio de la sublevación bolchevique, es importante tener en cuenta que no fue el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, sino muchos meses antes, cuando se produjo la desorganización de la vida económica y del ejército rusos, término lógico de un proceso que se remontaba al año de 1915 [...] Los bolcheviques, que a mi modo de ver no son una fuerza destructora, sino el único partido en Rusia que posee un programa constructivo y con suficiente poder para llevarlo a la práctica [...] Después de un año entero de existencia del Gobierno soviético, sigue estando de moda llamar "aventura" a la insurrección bolchevique. Sí, fue una aventura, y por cierto una de las aventuras más sorprendentes a que se ha arriesgado jamás la humanidad, una aventura que irrumpió como una tempestad en la historia al frente de las masas trabajadoras y lo apostó todo en aras de la satisfacción de sus inmediatas y grandes aspiraciones. La maquinaria estaba ya lista para repartir las grandes haciendas de los latifundistas entre los campesinos. Se habían constituido los comités de fábrica y los sindicatos para poner en marcha el control obrero en la industria. En cada aldea, ciudad, distrito y provincia existían Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos dispuestos a asumir la administración local».

Y finalizaba Reed su introducción al libro haciendo profesión de fe: «Durante la lucha, mis simpatías no eran neutrales. Pero al trazar la historia de estas grandes jornadas, he procurado estudiar los acontecimientos como un cronista concienzudo, que se esfuerza por reflejar la verdad» (J. R. Nueva York, 1 de enero de 1919).

Si, como es reconocido en el campo de la Historia, Edward Hallett Carr[20], con su vasta bibliografía sobre la Revolución rusa, fue el historiador que mejor ha documentado este fundamental episodio del mundo contemporáneo, no es menos cierto que la aportación periodística de John Reed viviendo los primeros días revolucionarios conforman un testimonio periodístico de primera magnitud[21], tanto en su defensa de la revolución como su condena de los conatos de

20 De entre la copiosa y excelente obra de Edward Hallett Carr sobre la revolución bolchevique resulta imprescindible su *La Revolución Rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1929*. Alianza Ed. Madrid, 2014.

21 Durante aquellos días en que el Gobierno de Kerenski se desmoronaba, Reed asistió a un mitin en el Circo Moderno de Petrogrado. Allí, hablaba un soldado: «Mostradme por qué me bato yo. ¿Por Constantinopla o por la Rusia libre? ¿Por la democracia o por las conquistas capitalistas? Si a mí me demuestran que defiendo la revolución, iré a pelear y no tendrán que arrearme con los fusilamientos. ¡Cuando la tierra pertenezca a los campesinos, las fábricas a los obreros y el poder a los Soviets, sabremos que tenemos algo por qué pelear y entonces pelearemos!». Mientras otro decía en aquella misma sesión: «Somos débiles y quedamos unos cuantos hombres nada más en cada compañía. Si no nos dan víveres, botas y refuerzos, en el frente no tardarán en

complots contrarrevolucionarios que se daban en Petrogrado, «los agentes de las fuerzas tenebrosas», como las definía Reed.[22]

6.4. Louise Bryant

Al libro de John Reed hay que añadir, lógicamente, el testimonio de su compañera Louise Bryant, tan seguidora como él de los avances que supusieron la revolución en Rusia, aunque desde una óptica literaria bien distinta a la empleada por su compañero. Una Louise que salió de Rusia con destino a la capital de Suecia como correo de los bolcheviques para evitar problemas con las autoridades finlandeses.

Nacida en la californiana San Francisco un 5 de diciembre de 1885, su verdadero nombre era Anna Louise Mohan Flick, pero acabó adoptando el de su padrastro Sheridan Bryant, apellido con el que firmó todos sus trabajos periodísticos y literarios. Cursó estudios en la Universidad de Oregón, donde, al decir de las crónicas, alcanzó popularidad por su defensa del sufragismo. Se graduó en 1909 con un trabajo sobre los enfrentamientos de 1870 y 1880 entre pieles rojas de California y el ejército norteamericano. Louise publicó diversos artículos en periódicos de izquierda, especialmente en el anarquista *Blast*, destacando por su punto de vista feminista y marxista tras sus experiencias como obrera en diferentes fábricas y contemplar las duras condiciones de los obreros en general y de las mujeres en particular. Cuando Louise y John se conocieron ella estaba casada con un dentista, John Trullinger, y no dudó en separarse de él y marchar junto a Reed, trasladándose a Nueva York para escribir en la revista radical *The Masses*, donde conocieron al dramaturgo Eugene O'Neill con el que Louise sostuvo un largo idilio. Años después de la muerte de John, Louise volvió a casarse con el diplomático norteamericano William Bullitt, admirador de Reed y, curiosamente, embajador en Rusia entre 1933 y 1936. Louise, tras divorciarse de este su tercer esposo y víctima de una hemorragia cerebral, murió en un hotel de Sèvres, una población del área metropolitana de Paris. Fue enterrada en el cementerio des Gonards, en Versalles.

Su obra más importante, *Seis meses rojos en Rusia*, dedicado a su «amado vagabundo John Reed», es, al decir de sus críticos, una narración variopinta y, a veces poética, de los sucesos que contempló aunque siempre, como le sucediera a su compañero, veraz, objetiva y entrañable, dotada de un cierto sentido del humor, aunque siempre identificada con la lucha de las masas trabajadoras que lideraba el Partido Bolchevique, dirigido en Petrogrado por Leon Trotski[23], dirigente que

vaciarse las trincheras. Paz o avituallamiento… Que el Gobierno ponga fin a la guerra o abastezca al Ejército…». Otro testimonio, éste de un soldado de la 46 Brigada siberiana de artillería era muy elocuente: «Los oficiales no quieren trabajar con nuestros comités, nos entregan al enemigo, fusilan a nuestros agitadores y el Gobierno contrarrevolucionario les apoya. Creíamos que la revolución nos daría la paz. Pero en vez de eso el Gobierno nos prohíbe incluso hablar de estas cosas y no nos da comida suficiente para vivir ni municiones suficientes para guerrear…».

22 Así relata John Reed una práctica habitual de los contrarrevolucionarios: «Misteriosos sujetos rondaban las colas del pan y de la leche y murmuraban a las desdichadas mujeres, que temblaban bajo la fría lluvia, que los judíos escondían los comestibles y que mientras el pueblo pasaba hambre los miembros del Soviet nadaban en el lujo».

23 Bryant deja testimonio de sus simpatías a Trotski sobre Lenin en el capítulo que dedica a ambos revolucionarios en su libro: «Trotski es mucho más humano que Lenin, Nada puede ilustrarlo mejor que la controversia sobre la firma del tratado de Brest-Litovsk. Lenin quería aceptar las condiciones iniciales de paz con los alemanes, a pesar de no ser buenas, y Trotski quería seguir discutiendo para conseguir otras mejores. Trotski era quien estaba presente en las negociaciones e insistía que debían ser públicas…».

se hizo con el control revolucionario de la ciudad mientras Lenin[24] permanecía escondido tras su retorno de Finlandia.[25]

En uno de los capítulos de su libro, Louise nos cuenta la caída del Palacio de Invierno:

> «El 24 de octubre fue pródigo en acontecimientos. Después de la grotesca dispersión del Consejo de la República Rusa, a las dos de la tarde, por parte de los marineros del "Cronstadt"[26], me dirigí, con otros dos americanos, John Reed[27] y Albert Rhys Williams[28], hacia el Palacio de Invierno para averiguar que estaba pasando con Kerenski. Había guardias por todas partes. Nos dejaron pasar tras un solemne examen de nuestros pasaportes americanos. Una vez superada la guardia, fuimos libres para recorrer todo el palacio, de modo que nos encaminamos hacia el despacho de Kerenski. En la antesala, encontramos a uno de sus ayudantes de aspecto impecable, que nos recibió nerviosamente. Nos dijo que Babushka[29] se había ido hacía dos días y que Kerenski también huyó tras un embarazoso incidente que hubiera podido resultar en su arresto. En el último momento, se dio cuenta de que no tenía suficiente gasolina para su automóvil y se tuvieron que enviar agentes a las líneas bolcheviques…».[30]

Precisamente a Babushka, Yekaterina Breshkpvskaia, Louise Bryant le dedica un elogioso capítulo en su libro:

24 En su *Seis meses rojos en Rusia*, Bryant define a Lenin como un «maestro de la propagandista. Si alguien es capaz de gestionar una revolución en Alemania y Austria, ese es Lenin». Como hombre «monótono, profundo y pertinaz, posee todas las cualidades de un "jefe", incluida una absoluta indiferencia moral, tan necesaria para ese cometido. Escribe tratados de filosofía y de metodología filosófica, es una autoridad en economía, escribe libros tan eruditos que solamente los sociólogos los entienden y, al mismo tiempo, apela a los campesinos con panfletos que son una maravilla por su sencillez».

25 R. Pipes, *La Revolución Rusa*. Debate. Madrid, 2016.

26 Lógicamente, Louise Bryant se refiere a la participación activa de la marinería de la base naval de Kromstadt en los sucesos revolucionarios de julio y octubre de 1917 y no del que protagonizaron contra el sistema bolchevique en 1921 y que fue rápidamente aplastado por el ejército Rojo.

Según el libro de John Reed, la actitud revolucionaria de los marinos en aquellos meses de septiembre no dejaba lugar a dudas. Reed cita el manifiesto del Congreso de Delegados de la Flota del Báltico y que manifestaba claramente la creciente popularidad de los bolcheviques: «Exigir de los comités de toda Rusia del Soviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos y del Comité Central de la Flota la separación inmediata de las filas del Gobierno Provisional del aventurero político Kerenski, socialista entre comillas y sin comillas, como individuo que cubre de oprobio y echa a perder con su desvergonzado chantaje político a favor de la burguesía la Gran Revolución y con ella a todo el pueblo revolucionario…».

27 Reed, en su obra *Diez días…* también hace referencia a ese acontecimiento compartido y con cierto sentido del humor, señala: «No pudimos enterarnos a favor de quién estaban los centinelas (del Palacio): del Gobierno o del Soviet. Nuestras credenciales del Smolny no les causaron la menor impresión. Entonces entramos por otro lado y, mostrando nuestros pasaportes norteamericanos, dijimos con aire de importancia: ¡En misión oficial! Y nos colamos dentro…».

28 Rhys Williams (1883-1962) fue enviado a cubrir los sucesos de Rusia por el New York Post y, además de hacerse amigo de Bryant y Reed lo hizo también de Lenin, a quién consideró como «el hombre más civilizado y humano que jamás he conocido» en el libro *Lenin: the man and the his work* (1919), del que fue coautor junto a Arthur Ransome y Raymond Robins. Más tarde, Rhys Williams dejó una interesante narración de la revolución bolchevique en su *Through the Russian Revolution* (1921). Regresó en varias ocasiones a la Unión Soviética y en 1938 se mostró «confundido por las acciones y actitudes de Stalin».

29 Más conocida como la abuela de la Revolución, Yekaterina Breshko-Breshkóvskaya (1844-1934) fue una de las fundadoras del Partido Social-Revolucionario y estuvo junto a Kerenski, presidente del Gobierno Provisional, hasta el final en su despacho del Palacio de Invierno, lugar que tan bien describe Louise Bryant en su libro.

30 Alexander Kerenski, en sus *Memorias* (Caralt. Barcelona, 1967) señala que «La noche del 24 al 25 de octubre fue tensa. Aguardábamos la llegada de refuerzos procedentes de la línea de fuego. Pero en lugar de tropas, todo cuanto recibíamos eran montañas de telegramas y continuas llamadas telefónicas informando que las líneas férreas eran sometidas a un sabotaje sistemático». Louise Bryant, en su *Seis meses rojos en Rusia* indica en el capítulo que le dedica en su libro que: «Yo estaba en Rusia cuando él (Kerenski) estaba en lo más alto de su carrera, cuando recibía ovaciones y vivía en el palacio de los Romanov. Fue una carrera meteórica —desde la rebelión de Kornilov hasta la revolución de noviembre (calendario juliano)— justo tres meses, hasta que Kerenski huyó disfrazado; sus únicos seguidores, unos pocos dirigentes políticos y un puñado de cosacos que le desertaron e intentaron entregarlo a los bolcheviques…».

«Una aristócrata que lo dejó todo por su pueblo; una Juana de Arco que llevó a las masas hacia la libertad mediante la educación, en lugar de las armas; perseguida, detenida, torturada, casi medio siglo de exilio en la oscura Siberia, rescatada bajo las ondulantes banderas de la revolución, enaltecida como ninguna otra mujer lo ha sido en los tiempos modernos…».

Mientras los periodistas norteamericanos tranquilamente con los muchachos que debían defender el Palacio, muy jóvenes, sigue narrando Louise Bryant que:

«Se oyó un disparo e inmediatamente hubo una enorme confusión, mientras los Junkers[31] corrían en todas direcciones. Por las ventanas de la fachada principal, pudimos ver a la gente corriendo o cayendo de bruces. Esperamos cinco minutos pero no aparecieron ni tropas ni se oyeron nuevos disparos. Mientras los Junkers estaban firmes con sus armas, apareció una figura solitaria, un hombre de baja estatura vestido con ropas civiles ordinarias y llevando una enorme cámara de fotos. Siguió cruzando la plaza hasta llegar al punto en que podía ser una diana perfecta para los dos bandos, y allí, con toda la parsimonia, empezó a ajustar el trípode y a sacar fotos de las mujeres soldado que convertían las montañas de leña para el invierno en una endeble barricada, delante de la puerta principal del Palacio. Había unas doscientas y unos quince Junkers. No había ningún alimento y muy pocas municiones.

A las cinco y media decidimos ir al Smolny[32] para presenciar la apertura de la reunión de los Soviets de Toda Rusia de la que tanto se hablaba. Al pasar por debajo del Arco Rojo, nos encontramos con un grupo de soldados bolcheviques que estaban discutiendo sobre cuál era la mejor manera de tomar el Palacio. Lo peor es, dijo uno, que el Batallón de Mujeres es el que está de guardia y después dirán que hemos disparado contra mujeres rusas…».[33]

Louise Bryant finaliza ese capítulo de la toma del palacio zarista con una frase lapidaria: «Poco después de que cayera en sus manos, el Gobierno Soviético convirtió el Palacio de Invierno en un Museo del Pueblo». Aunque John Reed, en sus *Diez días que estremecieron el mundo*, asegura que tras la Revolución de octubre, «El Ermitage y todas las demás galerías de pintura habían sido evacuadas a Moscú; sin embargo en Petrogrado se inauguraban todas las semanas exposiciones de arte» y se llenaban los teatros.

31 Los Junkers eran estudiantes de Academias Militares que, junto a los llamados Batallones de la Muerte y los Batallones de Mujeres, se encargaban de la protección de Kerenski en el Palacio de Invierno.

32 El Instituto Smolny de Pertrogrado fue elegido por Lenin como cuartel general bolchevique y su residencia durante la Revolución de Octubre.

33 Al decir de las crónicas de entonces, el asalto al Palacio de Invierno ofreció un balance de 5 muertos y varios heridos. La propaganda bolchevique magnificó las cifras y el heroísmo de los revolucionarios mediante noticias falsas y los historiadores actuales ironizan que murieron más extras en la toma del Palacio en la película *Octubre*, de Eisenstein que en la realidad…
Según Louise Bryant, «Cuando los Soviets se constituyeron formalmente como gobierno, se les concedieron dos meses de permiso a las mujeres soldado. A la mayoría se las envió a casa y se les dijo que se vistieran con ropa femenina, y que se las consideraba como enemigas de la revolución. Hubo mucho malentendido por ambas partes».

6.5. A modo de epílogo

Aquellos primeros días de la Revolución de Octubre significaron un cambio de régimen nunca sucedido en el mundo occidental y, al mismo tiempo, que el nuevo gobierno bolchevique debía afanarse en crear las condiciones necesarias para que el vasto país ruso se adaptara al nuevo régimen, era necesario cumplir con la promesa de finiquitar la participación rusa en la Gran Guerra. El tratado firmado en la ciudad bielorrusa de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918) que puso fin a la contienda significó, de otro lado, la desmembración de Rusia de buena parte de sus territorios (Finlandia, Polonia, Estonia, Livonia, Curlandia, Lituania, Ucrania y Besarabia; Ardahan, Kars y Batumi pasaron a poder otomano). Inmediatamente, se agudizó en Rusia una guerra civil entre rusos «blancos» y rusos «rojos» que no hicieron más que profundizar en los problemas del país, especialmente tras el asesinato de la familia imperial rusa en Ekaterimburgo[34] bajo las órdenes del Soviet Regional de los Urales, siguiendo instrucciones de los altos dirigentes bolcheviques.

La muerte de Lenin en 1924, tras una larga enfermedad, y el fracaso de la pretendida revolución en Alemania[35] significaron un cambio radical en la estrategia de los revolucionarios bolcheviques ya completamente instalados en el gobierno del país. Stalin[36], un revolucionario de la primera hornada, consiguió aglutinar a su alrededor a la nomenclatura del partido e imponer sus tesis de continuar la revolución en un solo país[37] enfrentándose a Trotski[38], el considerado sucesor por Lenin en su testamento[39], partidario de extender el comunismo de forma permanente por todo el orbe[40]. El encarcelamiento de Trotski en Siberia y su posterior deambular por media Europa le llevó a México donde, finalmente, un esbirro estalinista, el catalán Jaime Ramón del Río Mercader, bajo el nombre falso de Franck Jackson, se introdujo en el entorno de Trotski y acabó con su vida en 1940[41]. Este asesinato le valió a Mercader, cuando salió de la cárcel mexicana donde cumplió condena, ser nombrado Héroe de la Unión Soviética, la más alta distinción del régimen comunista…

34 J. Hammer, *Resurrecting the Czar*. Smithsonian. Washington, 2010.
35 P. Frolich, *Rosa Luxemburgo. Vida y obra*. Fundamentos. Barcelona, 1976.
36 I. Deutscher, *Stalin*. Era, México, 1971. L. Trotski, *Stalin*. Los libros de nuestro tiempo. Barcelona, 1947. Cuando Trotski fue asesinado estaba terminando esta biografía sobre Stalin.
37 E. H. Carr, *Historia de la Rusia soviética. El Socialismo en un Solo País*. Alianza, 1975.
38 El historiador marxista polaco Isaac Deutscher, simpatizante trotskista, dejó una vasta y documentada biografía sobre Leon Trotski. *Trotski, el profeta armado*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2016. *Trotski, el profeta desarmado*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2016. *Trotski, el profeta exiliado*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2016
39 Documento escrito por Lenin entre las últimas semanas de 1922 y las primeras de 1923 por el que, al percibir su muerte, sugería que Stalin debería abandonar su puesto de Secretario General del Partido: «Stalin es demasiado grosero y este defecto, aunque bastante tolerable en nuestro medio y en el trato entre nosotros los comunistas, se convierte en intolerable en un Secretario General Por eso sugiero que los camaradas piensen en una manera de sacar a Stalin de ese puesto y nombrar a otro hombre en su lugar…». Vid. Eastman, Max: «Lenin's Testament at Last Revealed», en *The New York Times* (18 de octubre de 1926).
40 L. Trotski; N. Bujarin; G. Zinoviev, *El Gran Debate I: La Revolución Permanente*. Siglo XXI. Madrid, 2015.
41 T. Pàmies, «Ramón Mercader: misión cumplida», en *Triunfo*. 28 de octubre de 1978. También se han escrito interesantes novelas sobre el asesinato de Trotski, entre otras: Semprún, Jorge: *La segunda muerte de Ramón Mercader*. Tusquets. Barcelona, 1969. O, también, Padura, Leonardo: *El hombre que amaba a los caballos*. Tusquets, 2009. El director de cine británico Joseph Losey dirigió en 1972 el film *El asesinato de Trotski*.

6.6. Referencias bibliográficas

ABRAHAM, Richard. *Alexander Kerenski: the first love of the Revolution.* Columbia University Press, 1990.

BROWDER, Robert Paul. «Alexander Fedorovich Kerenski: 1881-1970», en *Russian Review,* 29. University of Kansas, 1970.

BRYANT, Louise. *Mirrors of Moscow.* New York: Thomas Seltzer, 1923.

BRYANT, Louise. *Seis meses rojos en Rusia.* Edición del Grupo Viulme. Sant Cugat y Madrid: Arpegio, 2018.

CARR, Edward Hallett. *La Revolución Rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1929.* Madrid: Alianza Ed., 2014.

CARR, Edward Hallett: *Historia de la Rusia soviética. El Socialismo en un Solo País.* Madrid: Alianza, 1975.

DEUTSCHER, Isaac. *Stalin.* México, Era: 1971.

FERRO, Marc. *La Gran Guerra. 1914-1918.* Madrid: Alianza Ed., 2014.

FROLICH, Paul. *Rosa Luxemburgo. Vida y obra.* Barcelona: Fundamentos, 1976.

HAMMER, Joshua. *Resurrecting the Czar.* Washington: Smithsonian, 2010.

HAMNETT, Brian, y Carmen MARTÍNEZ GIMENO. *Historia de México.* Madrid: Akal, 2001.

KATKOW, George. *Russia 1917: Kornilov Affair.* Longman Higher Education, 1980.

KERENSKI, Alexander. *Memorias.* Barcelona: Caralt, 1967.

LENIN, Vladimir Ilich. *Las tesis de Abril.* Madrid: Fundación Federico Engels, 2004.

MASSIE, Robert K. *The Romanovs: the final chapter.* Random House, 1995.

PADURA, Leonardo. *El hombre que amaba a los caballos.* Barcelona: Tusquets, 2009.

PÀMIES, Teresa. «Ramón Mercader: misión cumplida», en *Triunfo.* 28 de octubre de 1978.

PIPES, Richard. *La Revolución Rusa.* Madrid: Debate, 2016.

REED, John. *Diez días que estremecieron el mundo.* Madrid: Siglo XXI, 2015.

REED, John. *La guerra en Europa oriental.* Tafalla: Txalaparta, 2005.

REED, John. México insurgente. Barcelona: Ariel, 1969.

SEMPRÚN, Jorge. *La segunda muerte de Ramón Mercader.* Barcelona: Tusquets, 1969.

TROTSKI, Leon. *Stalin.* Barcelona: Los libros de nuestro tiempo, 1947.

TROTSKI, Leon; BUJARIN, Nicolai; ZINOVIEV, Griogori. *El Gran Debate I: La Revolución Permanente.* Siglo XXI. Madrid, 2015.

TROTSKY, Leon. *1905. Balances y perspectivas.* Red Vasca Roja. Madariaga, 2000.

VARGAS GONZÁLEZ, Alejandro. *Los novelistas de la Gran Guerra (1914-1918). Testigos de un mundo que agoniza.* Erasmus Ediciones, 2012.